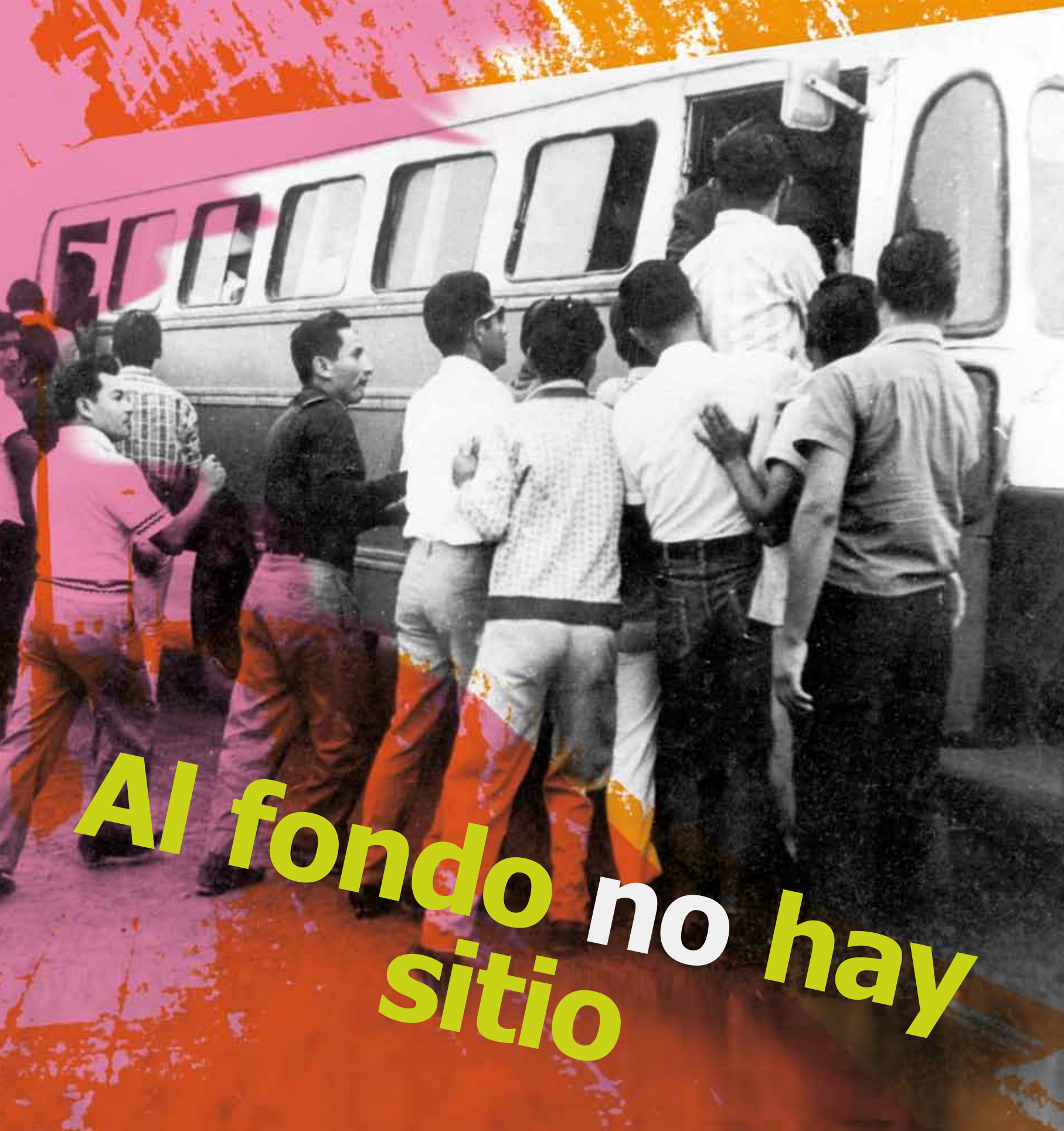


IMPRESIÓN

ISSN 1994-0998

publicación de la facultad de ciencias y artes de la comunicación de la pontificia universidad católica del Perú



**Al fondo no hay
sitio**

Generación Perdida

*Siempre creyendo que hay algo mejor
nunca perder la esperanza de
poder creer en algo superior
vivir feliz en este país
salir adelante sin remordimientos
nunca perder la esperanza, nunca
Generación Perdida. 6 Voltios*

Los jóvenes de ahora no somos como los de antes. Eso dicen. Somos apo-
líticos, ateos, leemos menos y dormimos más. Nos llaman aburridos porque
vivimos prendidos del Facebook, del Twitter y los más *freaks*, del Second
Life. No hacemos deporte, ni comemos bien. Es más, a veces ni comemos.

También dicen que hemos olvidado la historia. Que no tenemos brújula y
andamos perdidos. Dicen que no sabemos amar a la familia y que quere-
mos mucho a los amores de una noche. Dicen que somos una generación
perdida. Una generación que no cuenta, que no sirve. Dicen mucho.

Lo cierto es que vivimos desencantados de esta ciudad, y quizá por eso
viajamos. Visitamos otros países, conocemos gente y nos enamoramos.
También viajamos en el ciberespacio y aprendemos. Nos sentimos libres
cuando estamos lejos de la “ciudad de asfalto y de rejas”, como cantaba
‘Loquillo’.

Pero al final del día, siempre volvemos a casa. “*There’s no place like home*”,
decía Judy Garland en ‘El Mago de Oz’. Y tiene razón. Cuando la travesía
acaba, volvemos a nuestra ciudad. La miramos y la criticamos. No porque
seamos amargados, sino porque no le hemos perdido la fe. Y eso es ser
joven.

Lorena Chauca

contenido

La Oroya y su prórroga de 89 años	4
La palabra del mudo	8
Compra y venta callejera	12
Concierto Animal	16
Cuba: la revolución eterna	18
Regia y divina	20
New York, New York	24
Del rico campus a la dura calle	28
Los muros de la esfera pública	30
Amor en el aire, flirteo ciberespacial	34
Recicladores emprendedores	36



Av. Universitaria 1801,
San Miguel
Lima 32 - Perú
T (511) 626-2000
F (511) 626-2805

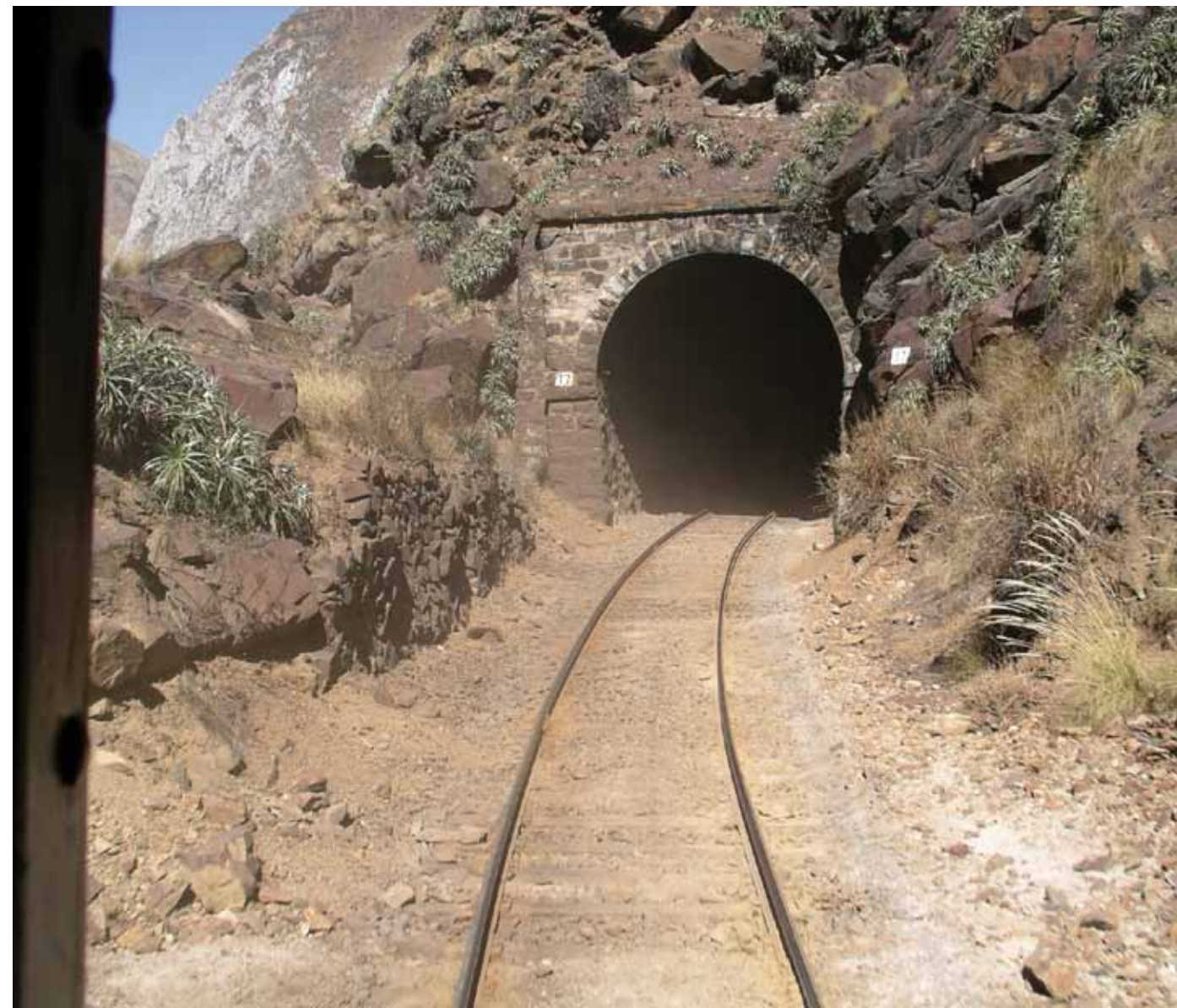
www.pucp.edu.pe

Colaboradores:
Karina Montoya, Nicolás Bello, Sofía Pichihua, Jorge Aliaga, Lorena Chauca, Alonso
Pahuacho, Carlos García, Cristina Guzmán, Rolling Caferata, José Luis Barreto.
Coordinador especialidad de Periodismo: Abelardo Sánchez-León.
Cuidado de la edición: Lorena Chauca
Diseño: Área de diseño de la FCAC-PUCP
Corrección: Diana Cornejo
Impresión: Forma e Imagen
Hecho en el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2009-04713

La Oroya y su prórroga de 89 años

La conciencia sobre el cuidado del medio ambiente despertó a escala global a finales de la década de 1980. El Perú, país minero, tuvo más de una razón para que esa conciencia despertara hace más de medio siglo, pero no pasó nada hasta los años noventa. Aunque la compañía Doe Run Perú parezca la mala de este cuento, la prórroga de treinta meses que acaba de ganar esconde más de una historia complicada que contar.

WIKIMEDIA.ORG



Del túnel al socavón: Las contaminadas vías de comunicación anuncian graves problemas ambientales

Contaminación, protestas, carreteras bloqueadas, un policía muerto y miedo a perder empleos. Esta es la imagen que los medios han dado de los pobladores

de La Oroya en estos últimos seis meses. Todos tienen opiniones diferentes. Mientras los trabajadores bloquearon carreteras apoyando la prórroga para el

cumplimiento del PAMA (Programa de Adecuación y Manejo Ambiental), la Cámara de Comercio de Huancayo expresó su rechazo hacia la actitud de Doe Run por azuzar a sus trabajadores a cometer actos de violencia. El especialista en minería de la UNMSM, Jorge Manco Zaconetti, le echa la culpa a la venta fragmentada de las minas que hizo el Estado —entre ellas la de La Oroya— a mineras como Doe Run.

En su mensaje a la Nación el 28 de Julio, el Presidente pareció sostener un doble discurso sobre la situación de Doe Run: aunque admitió saber que la compañía movilizaba a sus trabajadores para presionar al Estado —sin recibir sanción por ello—, dijo que “si esta vez” la empresa daba garantías, entonces se podría “concertar”. Es decir, le daría la prórroga. Bueno, al final el Congreso terminó haciéndolo el 24 de setiembre. ¿Quién dice ahora que el gobierno no cumple sus promesas?

Desde el comienzo

Comencemos por lo básico. Doe Run no fue la primera en descubrir las bondades del subsuelo de La Oroya. En 1922, en épocas del Oncenio de Leguía, Cerro de Pasco Copper Corporation construyó la fundición y refinerías que ahora conforman el Complejo Metalúrgico de La Oroya. Estamos hablando de un contexto en el que la llegada de capital extranjero se veía como la salvación del Perú de la pobreza, la puerta grande hacia el desarrollo y el reconocimiento internacional. Pasaron 52 años, y con la llegada de Velasco al poder, la compañía fue expropiada y pasó a ser Centromin Perú. Según el FONAFE (Fondo Nacional de Financiamiento de la Actividad Empresarial del Estado), Centromin Perú S.A. es ahora una empresa en liquidación, con 5.434 procesos judiciales en su contra hasta la fecha, y cuya fecha de extinción proyectada es diciembre de 2010.

Centromin Perú, empresa símbolo del gobierno de Velasco, pasó a ser una empresa estatal de derecho privado cuando Alberto Fujimori entró a la presidencia. Se designó una comisión de privatización para Centromin, con Alberto Benavides de la Quintana —el patriarca de la minería peruana— como jefe. Según Jorge Manco Zaconetti, las unidades mineras a cargo de Centromin no fueron vendidas en conjunto, sino de manera fragmentada, a diversas compañías privadas a pesar del desacuerdo del jefe de la comisión. Doe Run Perú —en ese entonces

Doe Run Company— adquirió el complejo de La Oroya en 1997 por US\$ 247,9 millones. También compró la mina Cobriza, en Huancavelica, por US\$ 7,5 millones.

En 1993 se publicó el Reglamento de Protección del Medio Ambiente (DS 016-93-EM, para los curiosos), que establece el mentado PAMA. Es aquí donde comienza el enredo. Los PAMA contienen diversos proyectos para tratar la contaminación ya existente, no para evitarla. Son más un mecanismo de control y de limpiar lo que otros ensuciaron antes que un mecanismo de prevención. Los mecanismos de prevención vendrían a ser los Estudios de Impacto Ambiental, que entraron en vigencia gracias a este Reglamento.

En los PAMA, el *plazo máximo improrrogable* para las actividades de fundición es de diez años. Puesto que una de las actividades más importantes de Doe Run es la fundición, para que adquiriese este complejo minero, Centromin y el Ministerio de Energía y Minas aprobaron un PAMA por diez años que Doe Run tuvo que aceptar. La misma regla se aplicó a las demás empresas que adquirieron las diversas minas que controlaba Centromin. La primera inversión en el PAMA que hizo Doe Run fue de US\$ 107,6 millones. No fue la última que hicieron.

El sitio Web de Doe Run dice que “el PAMA resultó ineficiente, en términos de concepto, diseño e ingeniería” y “subestimó totalmente las inversiones requeridas para su ejecución”. Bajo este argumento, y armados de una modificación del PAMA, presentaron una solicitud de prórroga excepcional por cuatro años más en diciembre de 2005, para completar el proyecto “Plantas de ácido sulfúrico”. ¿Cómo es posible que hayan presentado este recurso si, según el Reglamento, el PAMA es improrrogable? Bueno, en el año 2004 —cuando Toledo era presidente— se emitió el DS 046-2004-EM, que daba diversas disposiciones para pedir prórrogas por un máximo de tres años para los PAMA. Muy cerca de la fecha de vencimiento de los PAMA que se elaboraron entre 1993 y 1999, el gobierno se dio cuenta de que estos programas eran deficientes. Coincidentemente, el año 2004 fue el peor de la última década para el sector minero.

Estamos en 2009. Doe Run ha invertido hasta ahora US\$ 316 millones, y podemos imaginar que la inversión sigue en aumento. La solicitud de la prórroga de

2005 se concedió parcialmente en mayo de 2006, por dos y hasta tres años para determinados proyectos. Algo que los medios casi nunca —o tal vez nunca— mencionan es que Doe Run tiene acuerdos permanentes que velan por la educación, la salud de niños y madres gestantes, la limpieza de casas, calles y zonas críticas, y que la obligan a desarrollar proyectos de desarrollo social. Estos fueron solo algunos de los compromisos hechos ese año, aparte de quedar impedida de hacer pagos a sus accionistas u otras empresas relacionadas con sus accionistas, para que así pueda cumplir con la prórroga. Aun así, necesitó un salvataje de US\$ 175 millones, ya que tenía una deuda de US\$ 156 millones con matriz, Doe Run Resources, en Estados Unidos.

¿Improrrogable?

EL DS 045-2004-EM, el de las disposiciones para las extensiones, dice que de no cumplirse el PAMA modi-

ficado, habría una serie de multas y, eventualmente, el cierre de operaciones de la empresa minera. Después de este decreto, se supone que no hay ninguna otra normativa que extienda el plazo para el cumplimiento del PAMA. La Ley 29410, publicada el 25 de setiembre, prueba lo contrario. Es una ley de breve contenido que —aparte de dar la reciente prórroga de treinta meses a Doe Run— deja incierto el plazo en que la compañía deberá presentar las garantías para cumplir con el proyecto que le falta del PAMA.

Si contamos desde el año 1922 hasta la prórroga de dos años y medio más que ahora tiene Doe Run, estamos hablando de 89 años (y medio) en que La Oroya sigue siendo la ciudad más contaminada del mundo. La Oroya es un distrito ubicado en la provincia de Yauli, región Junín, con una altura sobre el nivel del mar de más de 3.700 m. Con poco más de 49 mil habitantes, 98 por ciento de ellos se considera población urbana.

TARINGA.NET



¿Es realmente Doe Run la fuente de trabajo más importante del distrito? Lamentablemente, ni el portal de Yauli ni el de Junín cuenta con información suficiente para contestar esta pregunta (a pesar de que debería ser de dominio público).

¿Cuál es el futuro que le espera a la minería del Perú con ejemplos como este? Si bien es cierto que Doe Run ha reducido considerablemente las emisiones de metales pesados entre sesenta y ochenta por ciento desde 1997, el hecho es que hay aún mucha confusión acerca de cómo se aplican las leyes respecto de este tema. Más allá de la recomendación

de la Comisión Técnica La Oroya de ampliar el plazo para el cumplimiento del PAMA, ¿nos hemos puesto a pensar en lo que sucedería si Doe Run tuviera que irse de La Oroya? En caso del incumplimiento de su compromiso, ¿a dónde iría a parar el dinero de las multas: al Estado, a la región, a La Oroya?

¿Acaso el *desarrollo* de una región implica que los pobladores tendrán que vivir de la minería para siempre? Tal vez el hecho de que no tengamos ideas claras sobre cómo manejar estas situaciones sea una prueba de que aún no hemos resuelto qué queremos para nuestro desarrollo. ■

La palabra del mudo

08
09

El alcalde de Lima Luis Castañeda es conocido por hablar poco. Esta calculada actitud le resulta beneficiosa, pues mantenerse callado, lo ha colocado primero en las encuestas, pero los ciudadanos —ojo, no solo los limeños— que deseen estar informados podrían conformarse si la comunicación a través de Internet fuera más sustanciosa. ¿Cómo está aprovechando las herramientas digitales la Municipalidad de Lima?

La web de la municipalidad

TEXTO: SOFÍA PICHIHUA

2003

WEB 1.0

- Cabecera publicitaria
- Poca organización
- Botones de información
- Letras pequeñas
- Uso del Flash (plugin que no es activado en todas las computadoras, en cabinas públicas podría encontrarse aún más dificultades)
- E-mail para consultas



2006

WEB 1.0

- Poca organización de información
- Excesiva cantidad de botones
- Uso intenso de flash no es recomendado por especialistas
- Promoción de obras
- No hay espacio para debate



2009

WEB 1.0 con avances a 2.0

- Buena distribución de noticias
- La organización de información sobre servicios debería mejorar
- No hay espacios para debate
- Email de consulta
- Uso de flash para botones
- No se aprovecha herramientas digitales para fotografías o videos (pero si se suben esa información)



2002

WEB 1.0

- La utilidad a la página web, como bien señala la misma, era de uso corporativo -entre los trabajadores.



El 7 de julio de este año, la comuna capitalina estrenó la nueva versión de su portal. Para el publicista Milton Vela, la web está mucho más atractiva visualmente, pero aún mantiene algunas deficiencias.

Cuando se pretende evaluar cualquier página web, hay factores que forman parte de un término que todo diseñador y arquitecto de información conoce como *usabilidad*. Una página web tiene como función principal que el usuario pueda sentir, como si fuera cualquier otro producto, que le resulta útil. Esta idea está vinculada con la plataforma en sí misma, es decir, el soporte tiene que permitirle encontrar rápidamente la información que busca.

Por otro lado, el valor informativo de estos portales es otro aspecto a evaluar. En este punto, la municipalidad por ley debe publicar y actualizar los datos de transparencia económica.

Portal limeño

La página web de la Municipalidad de Lima Metropolitana busca cubrir necesidades informativas sobre la capital —su historia, lugares turísticos, la agenda del mes, etc.— y sobre los servicios que brinda la comuna. ¿Cómo se está comunicando? Las notas de prensa se actualizan constantemente: un punto a favor. Pero, ¿es suficiente? El portal limeño ha publicado datos de Transparencia Municipal que ya tienen dos meses de antigüedad.

Para la abogada y especialista en nuevos medios, Maite Vizcarra, lo principal es dotar de información actualizada al portal porque, desde un punto de vista económico, los datos podrían servir a alguna persona, por ejemplo, para crear un negocio.

Vizcarra cree que las instituciones públicas tienen que pensar en sí mismas como empresas privadas al dirigirse a los ciudadanos, concebidos como usuarios-clientes. Para esto, se debe reforzar la relación de una persona con la municipalidad durante la solicitud de acceso de la información.

En un artículo publicado en la revista digital *Número Zero*, la periodista del IPYS Adriana León señaló que "no podemos saber todo del Estado si el mismo Estado no conoce la información que tiene". A esto, Vizcarra agrega que lo más probable es que no haya un sistema de organización de información.

Cabe recordar que, a inicios de octubre, *El Peruano* publicó que el Archivo General de la Nación sancionó con el pago de cincuenta unidades impositivas tributarias a la Municipalidad de Cieneguilla por incinerar documentos. Además, exigió resultados de las investigaciones de pérdidas de datos en la Municipalidad de San Martín de Porres y el Ministerio de Salud. Esperemos que la hayan digitalizado, porque, permiso, no tenían.

Apariencia manda

El diseño, como bien señala Milton Vela, resulta más atractivo. Gracias a la herramienta Web Archive (www.web.archive.org) —que permite revisar el archivo de actualizaciones de los portales en Internet— se puede observar que, efectivamente, el portal de la Municipalidad de Lima ha mejorado visual y gráficamente.

No obstante, Vela señala que uno de los peores defectos del portal —y de la mayoría de sitios web de municipalidades— es que aún presta demasiada importancia a la promoción de las obras realizadas por la actual gestión. El especialista señala que probablemente no estaría mal si este espacio estuviera acompañado de un foro abierto a las opiniones.

Este ejemplo es sumamente importante, porque se trata de la web de la municipalidad que agrupa a Lima Metropolitana. Por otro lado, Vizcarra cree que se debe plantear varios objetivos —como responder bien las solicitudes de acceso de información— antes de que una institución se lance a utilizar redes sociales como Facebook, Twitter, Flickr, etc.

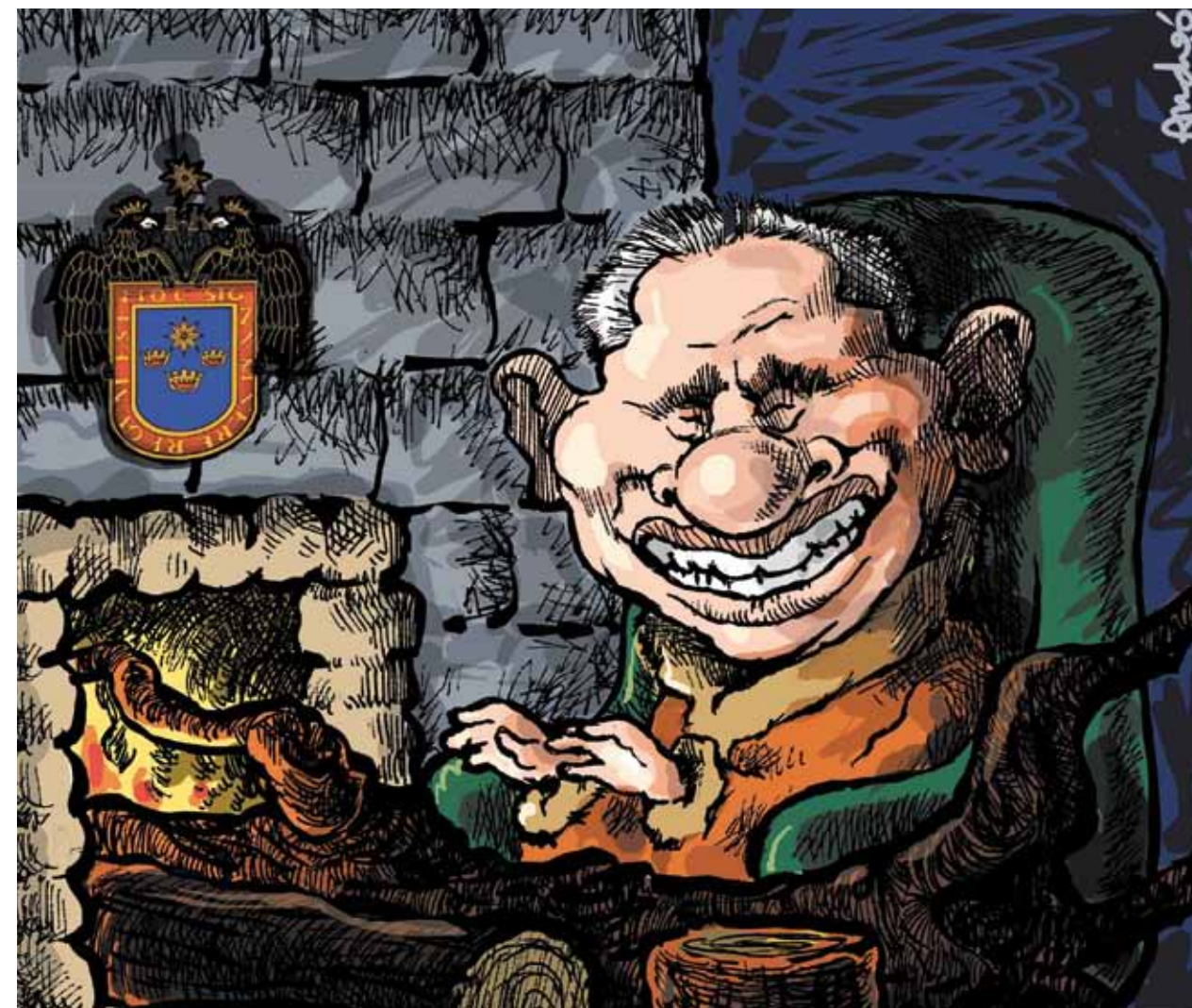
Sin embargo, Milton Vela cree que sí podrían tener una utilidad actualmente. Vela resalta que la página web de la Municipalidad de Lima aún mantiene el formato de portal 1.0, es decir, su mayor deficiencia es, justamente, no utilizar las herramientas gratuitas que permiten generar participación, así como más profundidad informativa en términos de hipervínculos y de elementos multimedia. Lo otro —sugiere— es olvidarse de los pop-ups (ventanas emergentes) que interrumpen la visión y que muchas veces son ignorados automáticamente por los navegadores, por lo que el sentido informativo se perdería.

"No es tan sincera. Está bien que incluya: 'Llame al teléfono tal o cual', pero no hay un espacio para un reclamo directo", señala Vela. Para mejorar este aspecto, el especialista sugiere que se incluya un foro de debate, por ejemplo. La participación se está cubriendo desde webs y blogs personales o grupales como Salvemos Barranco, un grupo de vecinos preocupados por la gran obra de la gestión de Castañeda: el Metropolitano o, para los barranquinos, el 'mostropolitano'.

Es verdad: se necesita tiempo y personal, pero no hay razón por la que no se deba invertir en el aspecto comunicativo. No se va a esperar a que haya una queja generalizada que rebote en todos los medios —incluyendo foros, Twitter, Facebook o Hi5 y blogs—, cuando el problema puede resolverse desde la misma plataforma de la web municipal.

"Si el acalde no habla, no podemos esperar que esté en redes sociales: para triunfar en la web 2.0 es básico que se escuche y se compartal, dice Vela. Y probablemente

ILUSTRACIÓN: ANDRÉS EDERY GARICA



Música de sordos: Ni él ni su web hablan.

ver a Castañeda en Twitter sería un milagro y revelaría sus intereses políticos para imitar a un posible triunfo al estilo Obama. Pero lo importante no es que el 'Mudo' abra una cuenta en Twitter, Facebook o YouTube, sino que el portal de la municipalidad —administrado por comunicadores— mantenga una estrecha relación con los usuarios-ciudadanos.

¿Por qué no están? "Probablemente consideran que Twitter es una burbuja, que no somos representativos", piensa Vela. Es correcto el último dato. La última encuesta del Instituto de Opinión de la PUCP sobre el uso y percepción del Internet asegura que solo uno por ciento de los encuestados posee una cuenta en Twitter y que alrededor de veinte por ciento abrió su perfil en Facebook.

A pesar de ello, Vela asegura que es probable que el número aumente. Y lo que jalará a los políticos y las instituciones públicas a estas redes sociales no solo debería ser informar: también responder. El publicista y blogger de Café Taipá está convencido de que si hubiera escándalos que rebotasen en este tipo de redes sociales, las autoridades podrían tener interés en usar estas herramientas. "No están obligados a responder insultos, pero sí deben fomentar que haya una mejor relación", agrega.

Solo para terminar, también debe haber personal detrás del portal que revise que no exista links rotos de la información, documentos, imágenes o videos colgados. Por otro lado, está bien reconocer las buenas decisiones del alcalde, pero tenerlo en la cabecera de la web es demasiado.

Lo que ofrece

Mentiría si dijera que la municipalidad limeña no ofrece videos o imágenes. No obstante, si entienden la idea de la web 2.0 y aceptan agregar comentarios, pueden utilizar Flickr —organizador gratuito de fotografías— y YouTube —organizador gratuito de videos. Ambos permiten subir videos y fotos.

Por qué no imitar a la cuenta de YouTube que, bajo el nombre de Protransporte —nominación del Instituto Metropolitano Protransporte de Lima de la municipalidad—, ha subido videos, aunque con una antigüedad de siete meses, que aceptan comentarios abiertamente.

Ojalá que la Municipalidad de Lima no espere a que las comunas distritales les ganen el público en Internet, como ya están haciendo varias de ellas. ■

COMPRA Y VENTA CALLEJERA

TEXTO: JORGE ALIAGA / FOTO: GABRIELA QUEVEDO



—Cuatro —dijo el Jaguar.

Pero este jaguar no viste uniforme militar ni mucho menos boina; no es el recordado cadete. Lleva puesto un polo, shorts largos y una gorrita Nike. Si algo comparte con la ficción es su audacia y su fuerte personalidad. Percy está en acción; su presa es un muchacho que, por su vestimenta, debe ser de clase media. Luce algo asustado, y su acompañante también. El jaguar toma uno de los Blackberry que le están ofreciendo y lo observa con la minuciosidad de un falsificador de estampillas en plena faena, solo que en lugar de lupas y pinceles utiliza dos herramientas más finas: la vista y la labia.

Pisé Las Malvinas por primera vez en 1996. Como todo adolescente terco e insistente, obligaba a mis padres a llevarme a dicho lugar para conseguir los famosos polos Quiksilver y Billabong a un precio mucho más barato que en las tiendas oficiales. En ese entonces no era más que un conjunto de puestos aglomerados, sin distinción de rubros, ubicados en las seis primeras cuadras de la avenida Argentina.

Esta suerte de feria informal dividía las dos vías principales de dicha avenida. Era —y todavía lo es— un largo camino que empezaba en Plaza Unión y terminaba al empezar la temible avenida Cárcamo, lugar inhóspito y casi de terror para mí y para mis

amigos. Esa era una de las causas de la abundancia de ladrones en la zona; por ello ir hacia allá era toda una aventura.

El Jaguar transa, “regatea”, utiliza el lenguaje fino de un negociante de la calle, hábil para explicar las desventajas del celular que tiene en mano; lo sacude, lo escucha, lo huele, busca desanimar al muchacho para que le venda los aparatos a menor precio:

—Cuatro ferros... cuatro, no más. Está bien cuatrocientos por los dos, primo.

Luego de haber pensado el precio, y ante la negativa del improvisado vendedor, Percy utiliza ahora el lenguaje corporal, se mueve, hace gestos, frunce el ceño, necesita una solución. No piensa pagar los ochocientos soles que pide el muchacho, no piensa siquiera en dejarlo ir: está pensando cómo convencerlo en un segundo, un reto diario para él.

Los años noventa fueron épocas de mucha delincuencia en el lugar. Llegar era fácil; lo difícil era salir con la compra sin que te la quitasen en el camino. En una ocasión fui acompañando a un amigo a comprar zapatillas. Cuando salimos, tomamos el taxi, nos subimos y sonreímos: había pasado el peligro. Las nuevas Adidas Samba estaban en nuestro poder: un par de gamuzas marrones que valían bien los 130 soles invertidos. De pronto, una mano fantasmal y casi transparente entró por la ventana, y la bolsa que portaba las zapatillas desapareció en el acto. Incluso el taxista nos bajó, porque decía que estaba asustado. Solo años más tarde entendimos que fue un robo planeado.

No han pasado más de cinco minutos y el Jaguar saca la billetera y se asegura de que el muchacho cuente bien los cuatro billetes. La compra está hecha: dos Blackberry a cuatrocientos soles. Increíble. El Jaguar sale del rincón donde hizo la negociación, y al más puro estilo de Vito Corleone, dice: “Les hice una oferta que no podían rechazar”. Con la sonrisa brillante, se aleja del stand y se pierde entre la multitud.

La hizo otra vez —dice Juanca—, mientras mira cómo los muchachos salen raudos del lugar.

— ¿Qué hizo? — le pregunto, no entendía a qué se refería.

—Ganó, pes, ganó —sonríe y termina de beber la Crush que tiene en la mano.

Las Malvinas es el lugar perfecto para el intercambio mercantil. Si no quieres algo, ve y véndelo allí.

Si lo robaste, también. Si quieres desquitarte en el acto, allá conseguirás comprador. Cuando estés en el lugar, siempre escucharás la pregunta clave: “¿Vendes?”. Te olfatean, reconocen tus sentimientos y lo que piensas. Y esa pregunta se repetirá a cada segundo mientras transites por ahí. Es un territorio fértil para el dinero, compras ventas, ventas compras, alquileres, empeños, absolutamente todas las modalidades de negocio. Tú vendes, ellos compran; tú compras, ellos venden. Nunca hay pierde.

Juanca me explica que cada Blackberry cuesta setecientos soles, pero que en el negocio no te puedes regalar: ofreces lo mínimo. Miro hacia el final del corredor tratando de encontrar a Percy, pero nada. El Jaguar ya se esfumó: está chequeando los Blackberry. Antes de exhibirlos en mil soles cada uno, pasarán por una sesión de revisiones técnicas. Y mientras miraba otro stand donde los dueños bebían cerveza (hecho muy común en la zona), escuché una frase letal: “Tú les ves la cara, ‘causa’. Esos chibolos pavos estaban en nada”, dijo Juanca poniéndose de pie.

Las transacciones fugaces en el lugar se realizan hace más de quince años. Desde 1984, año en que el pintoresco alcalde Alfonso Barrantes cedió este espacio a algunos comerciantes israelitas, el mercado informal malvinero no paró de crecer. Así, fueron llegando ferreteros y otros comerciantes informales. Por fin, en el año 2003, Las Malvinas fue removida y remodelada. El alcalde Castañeda Lossio, continuando con la reubicación que empezó Alberto Andrade años atrás, decidió recuperar la avenida Argentina, lo que incluía reubicar al campo ferial. De ser una invasión de puestos al medio de la calle, siempre sucios, peligrosos, mal distribuidos y polvorientos, pasó a convertirse en un centro comercial dividido en galerías a lo largo de toda la avenida. Una formalización de la informalidad que, para muchos, era algo que no podía evitarse. Tal como cuenta Luis Guillén, presidente del Gran Frente Empresarial Las Malvinas, ya en 2004 convivían más de 35 mil comerciantes. Y para el año 2008 el costo por metro cuadrado en el lugar era de tres mil dólares mensuales, cifra nada comparada a los veinte o treinta dólares que valía décadas atrás.

—Recién pintada primo, me están trayendo una moto- dice el Jaguar mirando a Juanca.

No es difícil adivinar que la acaban de robar. Percy me recalca que ellos no roban: para esa chamba hay otros. Les creo, y así no lo hiciera, tendría que creerles igual. Años atrás, el gol del día consistía en vender algo y recuperarlo antes de que saliera

FOTO: JOSÉ MARÍA SALCEDO



FOTO: JAIME RÁZURI



de la zona. Sí: seguir al comprador y ajustarlo antes de que se vaya del lugar, mayormente en la calle. Pero esas épocas terminaron; ahora hay vigilantes y muchos policías. No hay mucha delincuencia, ahora todo es más tranquilo. A Juanca lo conocí por un primo mío. Siempre fue servicial y buen anfitrión. Un tipazo. Hace diez años que puso un puesto de celulares con el jaguar en Las Malvinas, y el negocio está más vivo que nunca. Percy es su amigo del alma: crecieron en la calle Zorritos en Breña y tienen todas las aventuras que mortales y divinidades hayan podido experimentar. El Jaguar,

además, es reconocido en el universo malvinero por su peculiar forma de negociar. Nunca sale con las manos vacías, dicen.

Las nuevas Malvinas siguen copando las primeras seis cuadras de la avenida Argentina, solo que ya no en medio de la calle: ahora hay organización. Cada galería se especializa en un rubro en particular. Uno puede percibir la mezcla del olor a cueros, sudor, plásticos y comida que hacen del lugar un destino turístico para el olfato; la aventura está en todos los sentidos de nuestra percepción. Por secciones, uno

FOTO: CARLOS GARCÍA



puede encontrar celulares de todo tipo y precio, activaciones de chip, cambios de línea o número telefónico, lo que quieras. "Usted es el cliente, usted tiene la razón". Si tu celular falla, y pagaste la garantía, tienes hasta dos semanas para reclamar.

Para el implemento del hogar: televisores, Blue Rays (siempre a la moda), refrigeradoras, cocinas y hasta los últimos modelos de PSP. Usados, nuevos, la procedencia no importa: los precios son los que hacen temblar tu bolsillo, hay para todos. Si quieres ropa, ve a la esquina de prendas, originales, de segunda mano, "calientitas", recién traídas de Saga o Ripley, todas las marcas, hasta con colgador y etiqueta incluida. No puedes irte con las manos vacías. Si eres melómano, ¿alguna vez pensaste encontrar un disco original de los Beatles en japonés y a veinte soles? Pues en Las Malvinas tienen varios, unos más viejos que otros, pero el coleccionista sabe.

Si alguien tiene una tienda y quiere instalar un teléfono público afuera, en Las Malvinas encuentras los modelos "sapito", teléfonos públicos que incluyen instalación, pero eso sí, no hay garantía. Si quieres Cablevisión,

Cablemágico, Internet o cables extra para tu teléfono, ve al puesto de Chicho, pero pregunta con discreción. Puedes conseguir hasta carné universitario: con suerte encuentras alguien parecido a ti.

El Jaguar me invita a almorzar y me lleva a una esquina donde hay anticuchos, pancita, pollo broaster, higadito frito, chanfainita con tallarín, "aeropuerto", butifarras, panchos, salchipapas, picarones, chicha morada, y de postre mazamorra con arroz con leche, tú escoges. Cada plato cuesta un sol. Este es "el buffet de la calle": ocho puestos ambulantes de comida pegados unos con otros que ofrecen gran variedad de potajes a precios cómodos y de buena sazón. Era el broche de oro de un día perfecto en uno de esos lugares perfectos que no siempre se recomienda a los turistas (a pesar de las ganas que uno tiene), lugares que hacen que la delgada línea entre lo bizarro y lo peculiar patrimonial de nuestro país se mezclen, lugares que corroboran que el Perú es, realmente, el país de las maravillas. Y mientras el Jaguar pagaba la cuenta, se acercó un joven con gorrita y shorts largos, palpó mi mochila y al instante me preguntó: "¿Vendes?". ■

CONCIERTO ANIMAL



Aves atrapadas y sin libertad son una metáfora de Lima: vivir cautivos en la rutina.

TEXTO: ROLLING CAFERATTA

Esa tarde, como de costumbre, un gris químico gobierna el aire de la quinta cuadra del jirón Ayacucho, en el Centro de Lima. Los automóviles permanecen atascados varios minutos en el angosto camino de brea que conduce al Mercado Central. Los conductores, desesperados, aplastan la bocina hasta ver el estruendoso chillido escapar de la máquina e invadir los oídos del ecosistema que se desarrolla fuera de sus ventanas. Todo es inútil: no avanzan, nada avanza en esa calle. Mientras tanto, los vendedores ambulantes hacen lo suyo con cada transeúnte que camina cerca de ellos. Lo que llama la atención es el menú que ofrecen: iguanas, tortugas, canarios, hámsters.

En dos grandes quintas se desarrolla la mayor parte del comercio de la zona. Las dos son extremidades de un mismo cuerpo: en ellas se vende, ilegalmente y bajo las peores condiciones de salubridad, animales. Perros de todas las razas son exhibidos en pequeñas urnas de vidrio con un suelo de paja. Cinco o seis de ellos apilan sus carnes en la caja transparente de cincuenta centímetros de largo. La gente puede tocarlos, y lo hace

continuamente. Los vendedores los cargan con una sola mano y se los enseñan a sus potenciales clientes. Ninguno de los perros tiene más de dos meses de vida; ninguno, tampoco, parece querer moverse.

Las quintas, construidas hace más de un siglo, no tienen techo ni un piso asfaltado. Los animales gritan desde sus jaulas en diferentes idiomas. El concierto animal define la tosca armonía de ese paisaje salvaje, fotografiado a diario por turistas que llegan a él como parte de su tour por el Centro Histórico de Lima.

Carlos Mejía, un vendedor más del centro comercial, trabaja silenciosamente. Él no busca a sus clientes: ellos lo buscan a él. Su lugar de trabajo oscila entre la quinta y un oscuro refugio ubicado en el segundo piso de una casa ubicada en la misma cuadra. Allí guarda su preciada mercancía, oculta tras una manta blanca. La policía, obviamente, no debe enterarse de que una boa recién llegada de Iquitos ha decidido enroscarse en un palo de escoba colocado dentro de un gran baúl. Carlos trae serpientes de la selva desde hace ya cuatro

años. Su contacto es su mujer, quien vive allá en Loreto. "También tengo salamandras y ranitas de colores", cuenta. Yo pregunto por precios, me muestro interesado, ensayo explicaciones para sustentar mi falta de dinero, pero Carlos, el silencioso, no confía en mí. Al salir por la picada puerta de madera que esconde al reptil gigante, me advierte: "Chibolo, no vayas a decir nada ah, tú sabes que esto es cana".

No solo se venden águilas, papagayos y faisanes, sino alpiste, corrales de plástico y gruesos guantes de cuero. También correas, comida para perros y ratones blancos para alimentar a las serpientes. Todos parecen satisfechos con el arte chicha de lucrar con la vida a costas de la vista gorda de las autoridades. Todos, excepto el

pequeño Kevin, de siete años de edad. Su trabajo consiste en cobrarles cincuenta céntimos a los que quieran utilizar el mugroso baño. En sus ratos libres, dobla trozos de papel higiénico y los coloca encima de una mesa de metal, que funciona además de sala, comedor y hasta dormitorio cuando cae la noche y Kevin se recuesta en su fría superficie, esperando que termine el día.

Hace poco, la quinta cuadra del jirón Ayacucho, gracias a la iglesia Santa Rosa de las Monjas (ubicada en la esquina de la calle) y la antigüedad de sus casonas (se dice que algunas fueron edificadas antes de la declaración de la independencia), recibió, de manos del Instituto Nacional de Cultura, el título de "Patrimonio Cultural de la Nación". Vaya patrimonio. ■

Cuba: la revolución eterna

18
19



TEXTO Y FOTOS: CARLOS GARCÍA

En octubre de 1492 Cristóbal Colón quedó maravillado con la isla que descubría ante sus ojos. De rodillas en la arena de Cuba exclamó: “Esta es la tierra más hermosa que ojos humanos hayan visto jamás”. Acto seguido bautizó con el nombre de Juana aquella porción de tierra que flotaba sobre el Atlántico, en honor al heredero del trono español. Desde aquel día, hasta hoy, el país de José Martí, ha vivido marcado por los vientos fuertes del mar Caribe, y las sendas revolucionarias que trazan su historia.

La primera vista

Desde la ventana del avión la capital de Cuba es una vasta extensión color noche con pecas de luz esparcidas de manera aleatoria. A diferencia de Lima, que destella un naranja incandescente sobre el cielo oscuro, La Habana mantiene espacios de oscuridad marcada entre farol y farol.

La primera impresión al bajar del avión y caminar por los pasillos del aeropuerto internacional José Martí es que Cuba tiene un olor propio. Una mezcla entre limpieza y fritura, propias de las medidas para combatir la gripe AH1N1 y el patio de comidas que limita con la zona de desembarco.

Las medidas de seguridad no se hacen esperar. Antes de pasar por los temibles rayos x de Aduanas hay que confesarse en una caseta donde espera, por todo aquel que quiera pisar suelo cubano, una oficial de migraciones. Lo que sigue es morirse de calor mientras se llenan formularios que entregan mulatas orgullosas de sus piernas. ¿Ha presentado alguno de los siguientes síntomas en la última semana? Gripe, tos, diarrea, fiebre. No a todo. Bienvenido a la Habana, chico.

Olor a tabaco y letreros con nombres extraños, gente que espera gente que trae pan bajo el brazo o quizá un reproductor DVD. Después, tomar el transporte hacia la zona de hoteles para constatar en el camino que, efectivamente, se está en una ciudad con pocas luces de noche.

Dos caras de la misma moneda

Hoteles que ofrecen resistencia a los fuertes vientos que trae el océano, así los describiría. Hay de todo tipo: los que parecen recientes e impresionan por su fachada, y aquellos cuya fachada antigua ha sido corroída por el tiempo y el viento. Miramar es la zona exclusiva de turistas, diplomáticos y afortunados que bordea el litoral de la Habana.

Al llegar al hotel lo primero que recibe a los turistas, junto con la llave del cuarto, es una serie de indicaciones por parte de la agencia de viajes: Vestirse ligeros, no comprar habanos en lugares dudosos, el agua en Cuba es potable, el precio de los taxis y la moneda que se debe usar. Olvídate de tus verdes dólares gringos, y de tus euros coloridos, que llegó el CUC.

Dice así: “La moneda que debe usar en La Habana es el Peso Convertible, llamado también CUC”. ¿Acaso la moneda oficial de Cuba no era el Peso Cubano? Bueno, existen dos tipos de moneda en este país. Una para turistas, y otra para cubanos. ¿Por qué tantas diferencias? Muy simple, por el valor que puede adquirir un CUC, mayor al de un dólar americano.

Lo que sigue al tema monetario es una división que alcanza lo social. Hay una Cuba para turistas, y otra para cubanos. Como en todos lados me dirán, que hay un país para gente que viene de fuera a conocer, y uno real para los que lo habitan. Pero en este caso se trata de ocultar a la sombra de un hotel o con la brisa del mar. No conviene que los turistas conozcan la realidad, pues eso implicaría conocer las falencias del gobierno. Hay un buen sistema educativo, un buen sistema de salud, pero no hay libertades, y los pobres tienen un techo, más no la posibilidad de dejar la pobreza.

Los turistas viajan en taxis, los cubanos de las zonas internas o centrales de La Habana en buses modernos, mientras que en las periferias se viaja a camión. En los

hoteles se tiene libre acceso a internet, con la venia de la empresa de comunicaciones cubana y 10 dólares para pagar la tarjeta que te da la clave que te permite navegar, cosa que no todo habitante hace desde su hogar. En los hoteles se ve cable, con CNN incluido, mientras que en los hogares comunes y corrientes de La Habana se ve la televisión que brinda el Estado.

Revolución eterna

En este año 2009, se celebran 50 años del triunfo de la revolución que lideró (o aún lidera) Fidel Castro. Cuba, es un país comunista, el único en Latinoamérica en el que triunfó la guerra de guerrillas. Sin embargo, en esta isla caribeña, el proceso revolucionario sigue en marcha, o por lo menos eso se deja leer en las pintas que se hacen en las paredes de las calles.

En la isla todos parecen comprometidos con la revolución. Desde el barman de un hotel, pasando por un taxista, para culminar con la gente en las calles. Los hoteles presentan un mural llamado “Cuba: momentos de la historia”. En este se exalta la historia del pueblo desde su lucha independentista con España, cuya figura máxima de patriotismo es José Martí. Luego llega el gran cambio, el que acabó con el imperialismo y le devolvió al pueblo su libertad. Llegó Fidel y compañía.

Decir que Cuba se ha quedado en los años 50 es una falacia a medias. Hay autos de esa época que los cubanos se ingenian para arreglar, hay un deterioro arquitectónico producto de la falta de refacciones en las casas. Pero tampoco existen las libertades que el régimen dictatorial de Batista suprimía.

Hay miedo en las calles, no todos hablan en público, ni mucho menos dan su opinión. Se ha instaurado una cultura del silencio, con un solo diario oficial que se jacta de ser el órgano oficial del partido comunista, el cual es el único con autoridad en toda la isla. La revolución, aquella expresión con la que muchos se comprometen aunque sea de la boca para afuera, aún sigue vigente, pero desde otras trincheras.

Che: Marca registrada de Cuba

¿Qué hace a un hombre dejar su patria, su oficio, su familia y su nombre? La revolución. De argentino a cubano, de médico a soldado, de esposo a comandante, de Ernesto Guevara al Che. El mítico personaje que deja su mirada extraviada para immortalizarse en una fotografía de Alberto Korda es símbolo nacional de Cuba, y su imagen es sinónimo de lucha, de rebeldía, de pose, y muchas cosas más.

Es protagonista de pasajes históricos y gloriosos de los días de la lucha por la libertad de la isla, admirador y detractor de Fidel, y confeso amante del comunismo como única solución



a los problemas de América Latina. Sin embargo hoy, en el año 2009, su figura quedó sobrevalorada.

El rostro del Che Guevara adorna la Plaza de la Revolución, donde cantó Juanes e hizo misa Juan Pablo II. Es también inspirador de canciones y calcomanías. Aparece en llaveros, tazas, polos, billetes, monedas. Es un héroe nacional de Cuba, sin duda, pero su verdadero credo y pensamiento se quedó en alguna fosa de la sierra boliviana. El Che murió, lo que queda es una imagen que quizá ni él mismo hubiera querido tener.

A modo de cierre

Reflexionar sobre Cuba no es una tarea fácil. Se puede leer, ver u oír mucho sobre la realidad de la isla, a la distancia y desde la comodidad de un sillón. Pero palpar lo que sucede realmente allá, aunque sea a través de las cosas que no se ven, es una experiencia gratificante y que llena de expectativas respecto al futuro. Las pintas que dicen “venceremos”, o “vivo en un país libre” parecen adornos vacíos sin un trasfondo significativo en lo real.

La escena de personas que venden souvenirs para turistas pidiendo migajas que buenamente uno pueda dar (desde un jabón, hasta un polo), a cambio de cualquier cosa que parezca intercambiable (desde una moneda del Che, hasta un juego de instrumentos musicales) dice que algo anda mal ahí. Un país socialista que se pierde en el imaginario de una ideología que hace tiempo perdió su fuerza, y que hoy no se encuentra ni en el espejo. A pesar de todo, vale la pena volver. ■

REGIA Y DIVINA

FLICKR.COM

TEXTO: LORENA CHAUCA



He colgado el teléfono, me he sentado en las escaleras del hotel y me he puesto a llorar. Christian está en coma. Por un instante pienso en viajar a Chile y verlo, pero me cago de miedo. Nunca he estado en otro país. Es más, antes de este viaje a Tacna jamás había subido a un avión. Así de básica soy.

Mi arquitecto de maquetas escolares, mi bailarín de samba, mi hacedor de 'cachangas'. Eres un

boulevard de sueños rotos. Eres mi primo, pero eres mi hermano. Llegamos a compenetrarnos de tal manera que criábamos a nuestros cuyes juntos y pensábamos que rezaban, cuando en realidad solo movían los hocicos de arriba a abajo. Hasta creamos un club al que iban todos los niños del barrio. Qué tontería, ¿no, cabezón? Los hacíamos colorear y cantar. Además les habíamos construido un espacio de juego con piscina de pelotas incluida. Un día

invitamos a los padres a un show en la que toda esa sarta de pirañitas que según nosotros educábamos, cantaron de paporreta una canción de Yola Polastri. Qué manera tan inocente de perder el tiempo.

Acabo de hablar con mi papá. Lo llamé para pedirle que le mandase dinero a Christian porque está solo y en la ruina. En mi casa nadie sabía nada. La última vez que escucharon de él, ya no tenía el mismo nombre, ni el mismo cuerpo. Se había puesto un par de tetas más grandes que las de su madre y se hacía llamar Xiomara. Sí, era un nombre de puta. Parece que nada reafirma más la condición de hembra que vender el cuerpo cada noche. Y nadie se sentía más hembra que él.

Cuando éramos chiquitos me jalabas el pelo y me mordías, eso dice mi mamá. También me cuenta que a veces me dabas de comer. Tal como lo escuchas, cabezón. Me metías las cucharadas a la boca en tu afán de que terminara mi plato, para así poder largarnos de una buena vez a jugar. Al final del día, como siempre, peleábamos. Entonces recogías tus juguetes y te ibas a tu casa. Yo me quedaba tirada en el piso, sintiéndome más hija única que nunca y terminaba haciendo lo que hacemos todos los sin-hermanos: ver televisión.

Está vieja. El nuevo marido quizá rinda en la cama, pero no trabaja. Me acerco a Mili para preguntarle por Christian. Me cuenta que ha mejorado y que una señora que lo visita le ha dicho que no vaya a Santiago, que ahorre para cuando su hijo regrese al Perú, donde probablemente necesitará de muchas medicinas. Luego de pedirle más datos sobre el estado de su hijo, me despido. Mili se aleja con sus largas piernas lampiñas y su diente de oro. Y a pesar de que me dice que ya come, yo siento que en realidad Christian muere.

Tú no estabas ese día, segura-

mente por algún taller extracurricular de tu colegio. Vinieron tus papás para hablar con el mío. Me obligaron a entrar al cuarto y poner el televisor a todo volumen. Pero mi curiosidad pudo más. Pegué un vaso a la puerta y escuché lo que ya sabía: que eras gay. Tu papá comenzó a gritar que era culpa de Mili por vestirse como mujer cuando eras chico y hacerte usar una carterita. Tu mamá no decía nada. Luego escuché a mi papá decirles que conversaran contigo para esclarecer las cosas. No oí más. Solo recuerdo



que días después dijiste algo de una enamorada, pero no te presté atención. El día que escuché detrás de la puerta, dejé de verte como un ser asexual y por primera vez tuve miedo de que te pasara algo.

Estamos haciendo una colecta familiar para que Mili viaje de urgencia a ver a Christian, que cada día está peor. Pocho es el que más ha aportado. Desde que se enteró de la enfermedad pulmonar de su hijo, actúa raro. Debe ser porque cuando Christian viajó a Chile, no quiso despedirse. Lo culpaba de haber alcahueteado a Mili cuando esta le ponía los cuernos, y era cierto. Tampoco le gustaba que fuera travesti. Un hombre de barrio como él no entendía de opciones sexuales, ni de amor. Lo sentía, pero nunca no lo dijo. Cuando Christian tuvo caries, lo llevó al dentista. Cuando estuvo enfermo, llamó al doctor. Cuando se enteró que su hijo era gay, fue al psicólogo con Mili, como el colegio le había pedido. Finalmente, cuando supo que alguien le había pegado 'por cabro', le pidió que le dijera quién había sido 'el conchesumare' para devolverle el favor. En ese entonces Christian ya tenía diecisiete años y no le dijo nada. No confiaba en Pocho, porque para amor se demostraba él, el como lo hacían los actores las novelas mexicanas: diciéndolo abiertamente.

La adolescencia es una mierda, Christian. Las hormonas se alborotan y uno termina siguiéndolas. Tú te fuiste por tu lado y yo por el mío. El club quedó abandonado y nuestros juegos también. Te volviste un desconocido. Siempre hablá-

bamos, pero muy pocas veces de nosotros. Luego te expulsaron y tuviste que ir a un colegio nacional que detestabas. Decías que eras 'lo mejorcito' de ese lugar y lo escribías en tus cuadernos. Después vinieron los problemas con los hombres y, finalmente, comenzaste a desaparecer. Dejaste de ser el niño que yo conocía y empezaste la transformación que selló tu vida y tu muerte. Primero fueron los lentes de contacto de colores, pero después pasaste a los jeans pegados. A veces subía al club para pensar en ti —en los dos— y recordaba tus decoraciones navideñas y las coreografías infantiles que te inventabas. En un instante de mis cortos diecisiete, te perdí el rastro y empecé a vivir de nuestro pasado.

Mi mamá me da la noticia, pero lo hace un día después. "¿Cambia en algo las cosas?", me pregunta algo molesta. Sí y mucho. Desde que me enteré que estaba enfermo, he soñado con él. Lo veo jugando voley en la pista del barrio, mientras una chica del grupo lleva el puntaje utilizando una piedra como lapicero. Recuerdo que en esos partidos perdí tres pelotas. La última de ellas fue arrollada por un bus que pasaba cerca. Todos los niños se rieron y yo me metí a mi casa molesta. Al día siguiente, Christian me hizo justicia. Organizó una rifa y recaudó el dinero para una nueva pelota. Nunca más volví a jugar en la calle.

Discúlpame, Cristiano. Mil y un veces sorry. Porque cuando chateábamos y me mandaste la indirecta de "no tengo plata", me hice la tercia. Porque cuando me dijiste que estabas deprimido, solo y enfermo, minimicé el asunto con un simple "Ahorra y regresa". La cagué tanto y de tantas maneras. Es cierto que no me ibas a pagar jamás, pero de haber sabido lo que pasaría después, te regalaba todo el oro del mundo. Me contaste que querías ser chef, pero cuando te

hablé de los uniformes que utilizaban, te reíste y dijiste: "¿Me imaginas en uniforme con el par de tetas que tengo?". Pues la verdad que no. Siempre pensé que serías un arquitecto o un pintor. Con tu habilidad para el dibujo, podías haber sido grande. Pero decidiste ser mujer y eso te cagó la vida. Aunque, para serte sincera, no estabas nada mal de chica. "Siempre regia y divina", repetías, criticándome mis profundas ojeras y mis pestañas caídas. Debo haber sido tu peor decepción.

Llegó en una caja pero yo no estuve ahí para verlo. Luego de tratar el cuerpo de Christian como a 'Santa Evita', el aeropuerto aprobó su salida y finalmente empezó el velorio en el cuartito donde vivía Mili. Cuando vi su cuerpo, me indigné. Había un vulgar pelo sobresaliendo de su nariz. Quise pedir que abran el ataúd para solucionar tan terrible agravio, pero me aguanté. Por lo demás, Christian estaba perfecto: la gorra rosada al estilo Britney Spears, el cabello bien peinado y un maquillaje muy natural. Sus amigos se habían encargado de arreglarlo para así ayudar a Mili, quien estuvo en Santiago de Chile el día que murió su hijo. A los pies de Christian, colocaron sus artículos de belleza: base, lápiz labial y rubor. Según sus amigos, a 'ella' le hubiese gustado eso. Entre las coronas de flores había un letrero que destacaba: "Para nuestra regia y divina de tus tías Berta y Luci". No pude más, corrí hasta la esquina donde solíamos jugar, y finalmente rompí en llanto. Christian había muerto antes que yo, como lo temía, y a pocos días de su cumpleaños número 23.

Te daría mi cuerpo para que lo uses, enano. 'Tatú', como te decía tu viejo. No lo viste, Christian. Abrazado a tu ataúd, Pocho lloraba tanto que me desgarraba el alma. No sé si escuchaste, te pidió perdón. ¿Contento? Al final ganaste, cabezón: Pocho te pidió disculpas. Por hacerse el duro, por nunca decirte lo mucho que en verdad te quería y por las constantes peleas. Porque eso sí, serás todo lo cabro que tú quieras, pero te defendías como macho, no mientas. Ese día, más tarde, le dijo a tu hermana que la quería. Mucho, le dijo, y para siempre. Fue un momento tan 'feeling' como la vez que tú y yo nos despedimos antes de tu maldito viaje a Chile. Te di unos míseros 200 soles y me lo agradeciste. Entonces nos miramos por dos segundos para finalmente abrazarnos y llorar. Como dos chibolas cojudas, ¿sí o no? De no ser nosotros, hubieras dicho: "Qué cholas. Llorando en plena calle". Esa vez, en cambio, el mundo se detuvo por un momento. Moqueando sobre tu ceñida casaca y oliendo tu fuerte perfume, supe que era definitivo. Te ibas, y yo sentía que era para siempre. Luego mi papá te dijo "Siempre por el buen camino", mientras estrechaba tus dedos de largas uñas. Sonó a comercial de colegio militar y ni así le hiciste caso.

El día del entierro, todo el barrio estuvo ahí. Incluso los que no lo conocían. Algunos niños curioseaban y se iban, pero uno se quedó. Miraba el cuerpo de Christian con notoria ansiedad hasta que no pudo aguantar más y simplemente lo soltó: "Pero, ¿qué era? ¿Hombre o mujer?". A veces, yo también me lo pregunto. ■



NEW YORK, NEW YORK

TEXTO Y FOTOS: ALONSO PAHUACHO



Tony Musante : El subterráneo de NYC trae todavía el aliento de la vieja película *El incidente*

Apenas se abren las puertas del tren, el subterráneo me bota una vez más su aliento: un aire caliente que siempre hace reconsiderar la idea de volver sobre los pasos y seguir hasta la siguiente estación. Adentro del vagón es fresco, cualquiera sea la línea; afuera sales al infierno, cualquiera sea la parada.

Los libros y películas siempre han recreado al subterráneo de Nueva York como un lugar oscuro, frío y lleno de peligros; sin embargo, no se trata tanto de que los anchos pasadizos metálicos del subsuelo de la Gran Manzana sean peligrosos de por sí. La cuestión radica en que casi no existe personal que controle el orden abajo, especialmente en las plataformas más profundas y en las

estaciones de los lugares más alejados, como Harlem o el Bronx.

Llegué a Manhattan con la idea de ver una ciudad moderna, ordenada y multicultural. En parte fue así, en parte no. Me quedé en el mismo centro —Manhattan— y desde allí pude desplazarme incluso hasta Queens, que es otro de los cinco condados que conforman toda la ciudad (los demás son Brooklyn, el Bronx y Long Island). Cada uno de ellos está interconectado por una serie de trenes y subterráneos que atraviesan toda la isla —incluso por debajo del agua— y con los cuales es posible llegar hasta Nueva Jersey, el otro estado que se encuentra al frente de Manhattan, cruzando el río Hudson.

Nueva York es una ciudad que se conoce caminando. Me había conseguido una *metrocad*, una tarjeta del tren con la cual uno puede subirse a la línea que quiera y cuantas veces desee hasta que llegue a su fecha de expiración. Se compran en las mismas estaciones del subterráneo y valen por un día, una semana o un mes, dependiendo de las necesidades de cada persona. En cuanto a la mayoría que trabaja y recorre largas distancias (de un condado a otro), es frecuente verlos con su tarjeta válida por treinta días; en el caso de los turistas, se acomodan mejor con la de una semana.

Hay más de veinte servicios de tren en Nueva York, cada uno representado con un color distinto y una letra que los identifica. Además de eso, cada línea puede tomar —a veces de improviso— la modalidad de *local* o *express*. La diferencia radica en que las *local* hacen paradas en cada estación, por más pequeña que esta sea, mientras que las *express* son conocidas por detenerse solo en las estaciones importantes o de trasbordo (donde te puedes bajar para tomar otro tren). Es preciso estar atento: si uno va a un lugar específico o alejado, el tren se puede pasar de largo.

La crisis se come una manzana

En setiembre de 2008, el mundo entero se sorprendió ante la noticia de que el banco Lehman Brothers —el cuarto mayor de Wall Street— se declaraba en bancarrota tras perder casi seis mil millones de dólares en poco más de medio año. Así se desataba la gran crisis económica mundial, que tuvo su punto de partida en el corazón del Financial District en Manhattan y de la cual los norteamericanos aún no se recuperan del todo.

“Para los que llevamos viviendo años acá, nos parece mentira que estemos en una situación similar a la que se vivió en el Perú en la década de 1980, donde verdaderamente para conseguir trabajo tenías que conocer a alguien”, me cuenta el abogado peruano Daniel Díaz, oficial del Departamento de Admisión para alumnos extranjeros y profesor adjunto del Departamento de Negocios y Tecnología de La Guardia Community College (CUNY) en la Ciudad de New York, quien se vino a vivir a esta ciudad hace veinte años. Él ha hecho y visto de todo, pero lo que le preocupa actualmente es la falta de oportunidades laborales que se vive en la isla.



La Gran Manzana de todas las sangres en su esplendor. Pero no todo lo que brilla es oro.



Sobre todo para los profesionales calificados.

Según Díaz, hay muchos profesionales que han perdido sus trabajos a causa de la crisis y que ello ha causado un efecto contrario a lo que se supondría: ha hecho que muchos cambien sus hojas de vida, alterando sus calificaciones para poder postular a trabajos menores. Algo paradójico, porque se supone que mientras más calificaciones se tengan, mejores posibilidades de conseguir trabajo habrá. En Manhattan hoy en día sucede todo lo contrario.

La crisis es una realidad palpable en Nueva York. Si bien es cierto que hay rubros en los que no es tan complicado encontrar oportunidades, siempre hay que conocer a alguien adentro. Es el caso de los oficios de mano de obra que funcionan en “uniones”, una suerte de confederación de trabajadores o gremios que se agrupan por funciones específicas: carpinteros, mecánicos, obreros, construcción, etc. Otras oportunidades que han visto los neoyorquinos para salvarse de la ola (des)financiera son los servicios de taxi, el trabajo como vendedores ambulantes o, simplemente, sus vales (estampillas) de alimentos del gobierno. “Antes tú ibas a un supermercado y la gente latina o negra era la que tenía las estampillas de comida del gobierno. Hoy en día vas y te encuentras con gente blanca con las mismas estampillas. ¿Por qué? Porque como no tienen ingresos, califican”, añade incrédulo el abogado peruano.

De procesión por Times Square

Nunca imaginé ver tanta gente aglomerada en un mismo lugar y a cualquier hora. La fila parece no tener fin, aunque en realidad se trata de distintas personas que van pasando cada minuto: un interminable desfile de rostros y acentos extraños. Times Square se encuentra exactamente en el cruce de la calle 42 con la bifurcación de las avenidas Broadway y Sétima, en el corazón de Manhattan. Este lugar es de uso casi exclusivo para peatones; los vehículos rara vez se aventuran bajo los enormes paneles verticales que anuncian una publicidad holográfica distinta cada día.

Debajo de las luces y la bulla, hay escaleras que todos usan para sentarse y observar a los demás. Uno puede traer su comida comprada en cualquier McDonald’s o Subway y disfrutar de la tranquila compañía de aquellos personajes anónimos. Nadie conoce a nadie, pero a la vez todos saben que, al estar allí en medio, probablemente se harán conocidos.

En la noche todos siguen la misma rutina. Las luces y anuncios gigantes dan vida a la ciudad, que en medio

de la noche salpica el firmamento con unas cuantas estrellas. En el centro, uno puede pasear tranquilo hasta altas horas de la madrugada sin temor a toparse con algún moreno que nos entable conversación, no precisamente en términos amistosos. Las tiendas se quedan con las luces prendidas, pero no significa que sigan atendiendo. La mayoría de centros comerciales cierran a una hora determinada; los que sobreviven son los *fast food* como Burger King o McDonald’s, algunos de cuyos locales incluso funcionan las veinticuatro horas.

Otros lugares imperdibles

Uno no puede irse de Nueva York sin visitar dos de sus museos más conocidos: el de Historia Natural y el Metropolitano de Arte. Se encuentran ubicados a ambos lados del Central Park: el de Historia hacia la octava avenida con la calle 81 y el Metropolitano en la quinta avenida a la altura de la calle 79. Lo curioso de los dos es que, en teoría, la entrada es gratis. Para el que no conoce el idioma o simplemente es un turista ingenuo seguramente le dirán que pague los veinte dólares que aparecen en la tarifa del museo. Lo que no le dirán es que ese precio —en ambos museos— es “sugerido”, lo que hace posible que uno pueda incluso ingresar sin pagar absolutamente nada.

Como obviamente nadie quiere perder, nunca le dirán ese detalle en la información. Uno puede ir preparado con su *penny* (centavo) y decir que va a pagar, pero solo como una contribución al museo. En ambos casos pagué un dólar, y estuvo más que justificado al final de mi visita.

Como a Nueva York también le dicen ‘la ciudad de los rascacielos’, tenía que subir a uno para comprobarlo. El más conocido de todos es el Empire State, ubicado en la intersección de la quinta avenida con la calle 34. Sin embargo, una vez abajo y a punto de subir, me embarqué en otra aventura: volví sobre mis pasos y fui a dar al Rockefeller Center, donde había oído decir que también existía otro rascacielos con mirador en la cima que daba una vista espectacular al Central Park: el ‘Top of the Rock’ del Rockefeller Center. Desde arriba, el Central Park se ve como un minúsculo rectángulo verde que se extiende como una alfombra en medio de los demás edificios.

Existen otros lugares para conocer, pero también se debe tener la billetera gruesa para poder gastar. Cada ticket cuesta en promedio veinte dólares sin impuestos, lo que sitúa al turista en una posición algo ajustada. Fue un alivio no haber tenido que gastar en hospedaje ni alimentos (en realidad algunos días sí



almorzaba solo), ya que fue mi tío el que me acogió en su departamento de la calle 42, muy cerca del río Hudson y de donde para llegar a Times Square solo tenía que caminar cinco cuadras.

Condados peligrosos

Para la mayoría de turistas, Manhattan es el paraíso; pero esto no siempre es así. En Nueva York, como dice Daniel Díaz “no todo lo que brilla es oro”. Con dos décadas viviendo en la isla —se vino sólo, sin conocer a nadie— ha sabido sortear toda serie de dificultades y pruebas que le puso el destino. En la ciudad, al igual que en el Perú, hay zonas pobres y marginales, pero que quedan fuera del alcance de los ojos del turista, que solo tiene tiempo y dinero para pasear por Times Square o visitar la Estatua de la Libertad.

Si bien los robos no son frecuentes, pasan y son un lugar común en los condados y lugares más alejados del centro, como Harlem y el Bronx. Daniel Díaz no ha sido ajeno a ellos aunque en todo el tiempo que vive en la isla solo ha sido asaltado dos veces, la última en vísperas de Navidad, hace tres años, cuando trabajaba en el Bronx en una oficina de abogados que hacía litigios para seguros sociales. Esa experiencia lo marcó.

“Yo salía del trabajo a las 5:30 pm, y como el tren pasaba exactamente a las 5:45 pm, tenía que correr



a la estación para alcanzarlo. Ese día decidí ir primero al Burger King que estaba al frente para comprar unas papas y después esperar en la estación por el siguiente tren. Las estaciones son exteriores, no como en Manhattan, así cuando subí al segundo piso vi a un moreno parado en la pared con un paquete envuelto en periódico”.

— ¿Y no sospechaste?

— Un poco, pero igual subí a esperar arriba a que pase el tren. Cuando me di cuenta, se había sentado a mi lado y me dijo *I don’t want to have trouble...* y abriendo el paquete salió a relucir una pistola.

— ¿Entonces qué hiciste?

— Lo agarré a *maletinazos*. Al tirarle el maletín, como estaba lleno de libros, el hombre cayó al piso y la pistola rodó hasta el borde de los rieles del tren. Se levantó, pateó la pistola hacia las escaleras y se fue corriendo para abajo, hasta que lo perdí de vista. Luego yo bajé y le dije al señor de la estación que vende las tarjetas para el tren que me habían querido robar.

— ¿Intentó auxiliarte?

— No, me contestó: “Pero esto es el Bronx, ¿qué esperaba usted?”. ■

Del rico campus a la dura calle

TEXTO: NICOLÁS BELLO FOTO: CARLOS GRACÍA



Deshojando margaritas, barajando opciones, tasando el futuro; la vocación, las motivaciones, la carrera.

En nuestra juventud, la decisión más importante que debemos tomar es la que se refiere a la carrera profesional. Elegir una carrera significa escoger la actividad a la que vamos a dedicar la mayor parte de nuestro tiempo por el resto de nuestras vidas. Significa, sobre todo, sacrificar las otras opciones que alguna vez consideramos o, en el mejor de los casos, pasarlas a un segundo plano. Hasta hace algunos años, esa decisión solía ser más fácil que en la actualidad. Hoy en día, la gran oferta de carreras y centros de estudio hace que elegir una carrera sea un dolor de cabeza.

Conversé con Patricia Yin, psicóloga del Departamento Psicopedagógico de la Universidad Católica, quien me amplió el panorama sobre los problemas que los jóvenes encuentran a la hora de elegir una carrera. Asimismo, asistí a una charla motivacional de Javier Kishimoto, quien explicó cómo es posible atreverse a volar por uno mismo.

“Cuando crezcas vas a estudiar la misma vaina que tu papá”

Willie Colón lo dijo claramente en una de sus más clásicas canciones. Hace un par de generaciones era común que el

hijo siguiera la tradición de su padre. Por otro lado, existían pocas alternativas a las carreras tradicionales de Derecho, Ingeniería o Medicina. Tal vez los más rebeldes estudiaban Ciencias Sociales. No cualquiera iba a una universidad, y por lo general se pasaba del colegio al negocio familiar. De todas maneras, la elección que uno tomaba seguía una línea recta.

Las cosas han cambiado mucho desde entonces. Actualmente la oferta se ha ampliado y nuevas facultades se han abierto para recibir a todo tipo de alumnos con necesidades distintas. “Hace solo once años —comenta Patricia Yin— había dos canales de ingreso a la Católica; actualmente hay nueve, y los alumnos entran cada vez más jóvenes”. Cabe entonces preguntarse cuán seguros y preparados están para hacer una elección vocacional. A lo sumo, saben que quieren ir a Letras, a Ciencias o a Artes.

Hoy en día, la Universidad se encuentra presente desde antes de terminar el colegio. La presencia de la Universidad se hace notar a través de ferias vocacionales y visitas a los colegios. “A esa edad, los chicos no están lo suficientemente maduros para pensar en el futuro: están concentrados en el presente, y eso es natural”, explica Patricia. Además,

salvo por la información obtenida en las ferias, es poco común que un chico averigüe por su cuenta cómo es la carrera que ha decidido seguir.

Según Patricia, existe poca reflexión previa a la elección de una carrera. Por lo general, esta viene casi por instinto, por influencia de los padres y los cursos en los que uno era bueno en el colegio. Asimismo, los Estudios Generales —una particularidad de la PUCP y de algunas otras universidades— cumplen, en teoría, la función de introducir al alumno a las distintas carreras y ayudarlo en su elección. Sin embargo —opina Patricia— son pocos los chicos que aprovechan este tiempo para ir investigando sobre la carrera que han elegido antes de pasar a facultad. Solo se dan cuenta de si les gusta o no una vez que están adentro.

Todo depende de la vocación

Se tiende a ver la carrera como una línea recta de cinco o seis años que nos lleva directamente a ser profesionales. Por ello, ante la duda sobreviene la crisis. Existe la sensación de pérdida de tiempo. La presión es increíble y uno se siente derrotado cuando se ve obligado a dar un paso al costado y pensar mejor las cosas. “Acá en mi escritorio tengo un cerro de expedientes con historias parecidas —me dice Patricia, señalándome unos papeles— y habría que preguntarse cuántos chicos hay que deciden seguir con una carrera a pesar de no sentirse felices, o que sencillamente desertan”.

Sin embargo, la carrera —y la vida en general— no debería parecerse a una línea de tren que va de una estación a otra, sino más bien a un río lleno de afluentes y caminos nuevos inexplorados. Las circunstancias pueden cambiar, y a veces es necesario dar un paso al costado, volver a pensar las cosas y retomar el rumbo por otro camino. “La juventud es una edad totalmente experimental”, decía Robert Louis Stevenson en 1887, hace más de un siglo. “Tal vez el problema radique —complementa Patricia Yin— en que muchos chicos quieren que el futuro llegue de inmediato, saltándose el periodo de experimentación”.

“La vocación empieza a formarse en la niñez —explica, por su lado, Javier Kishimoto—. Cada experiencia, cada comentario, son absorbidos por el niño. Por ejemplo, cuando la madre comenta ‘pobrecito, es malo en matemáticas’, el niño empieza a asumirlo como incapacidad, y posiblemente su vocación empiece a ir por otro lado”. Asimismo, las motivaciones, las cosas en las que uno es bueno desde niño, las cosas que uno disfrutaba haciendo, suelen llevar a una persona a seguir cierto camino.

“Para obtener algo —reza el credo de Full Metal Alchemist, serie animada de la televisión japonesa— es necesario sacrificar algo de un valor equivalente”. Esto es, en el mundo real, que cada decisión que tomamos implica el sacrifi-

Ahora bien, cabe preguntarse si todo el mundo sigue sus sueños y hace “lo que le gusta” en su carrera profesional. Si bien no se aplica a todos los casos, en el imaginario colectivo la persona exitosa tiene “buena presencia”, es solvente y de buena posición social. Así pues, existe una fuerte tendencia a elegir carreras “de éxito” a causa de la presión social, aunque las pasiones vayan por otro lado. Quién sabe cuántas personas renunciaron a perseguir un sueño por la comodidad de un salario fijo.

Tanto Patricia Yin como Javier Kishimoto aseguran que el tema radica en la autoconfianza y en la decisión. “Existe una zona de influencia —dice Javier— en la que una persona es creadora de su realidad. La razón de ser de una persona —agrega— es aquello que uno hace, lo que decide ser”.

“Yo no quería una vida normal, no me gustaban los horarios de oficina”

“Actualmente la universidad ya no es el único camino a seguir, y creo que esta es una tendencia que va a adquirir cada vez más fuerza en los próximos diez años”, sentencia Patricia Yin hacia el final de la entrevista. En los últimos años, Lima ha experimentado una proliferación de institutos especializados que han abierto el abanico de posibilidades profesionales. La misma Universidad Católica, por ejemplo, abrió este ciclo la Escuela de Música y tiene a maestros como Javier Echeopar y Tito La Rosa entre su plana docente.

En la actualidad es cada vez más fácil y realista pensar en dedicarse, total o parcialmente, al arte, la música, la cocina, la alta costura, o casi cualquier carrera no tradicional, gracias a que existen escuelas y talleres por doquier. Si bien todavía estamos a años luz de ciudades como Buenos Aires, donde varios amigos míos han viajado para estudiar cine, por ejemplo, la tendencia parece avanzar hacia ese norte.

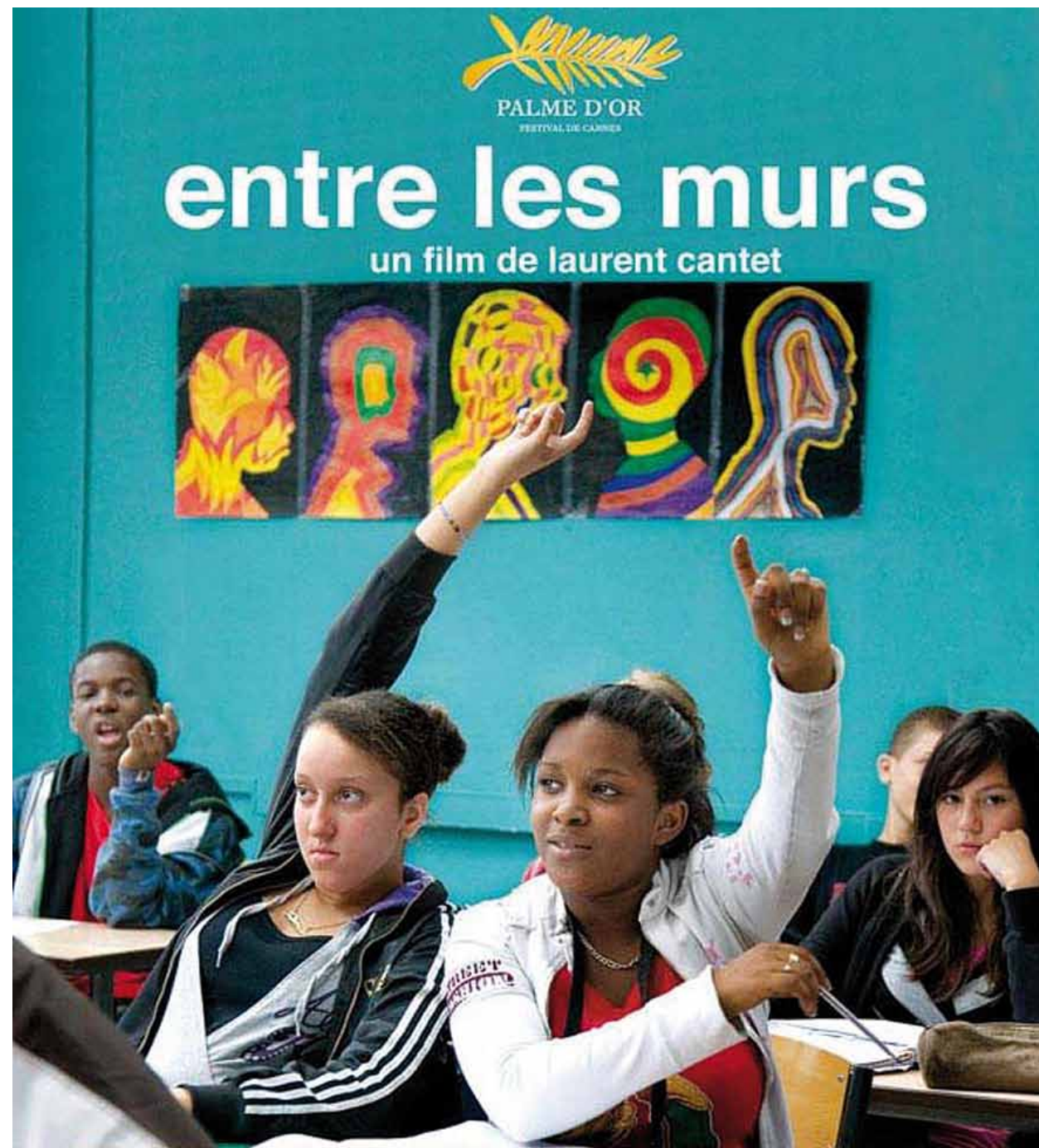
“El potencial es infinito —explica Javier Kishimoto—. Uno puede dedicarse a una profesión durante la semana y a la actuación el fin de semana; uno puede ser odontólogo de día y rockero tres noches por semana. El secreto consiste en pensar ‘fuera de la cuadrícula’. Es cuestión de creérsela”.

“Hoy en día la felicidad y la satisfacción son más importantes que el dinero y el éxito —me comentó en un momento Patricia—. La mayor parte de los padres con los que me reúno me confiesan que no les importa qué carrera sigan sus hijos, siempre que sean felices”. A fin de cuentas, tanto el dinero como el éxito llegan por su cuenta si uno es constante y disfruta de lo que hace. ■

cio de otras opciones igualmente válidas. En ese sacrificio radica la importancia de la decisión vocacional. Al final, la decisión que tomemos va a marcar el resto de nuestras vidas, y a fin de cuentas, lo más importante es ser felices.

Los muros de la esfera pública

TEXTO: JOSÉ BARRETO



Los retos que debe enfrentar la educación pública en los suburbios de París son los de una sociedad vigorosamente intercultural.

Si bien es cierto que nuestra vida pública se comienza a forjar en el ámbito privado por medio de la interacción con la propia familia, es en la escuela donde se comienzan a confrontar las cosmovisiones. Es allí donde se aprenden las principales normas de cómo vivir en comunidad y las máximas en ella. Se podría afirmar incluso que es la escuela el primer laboratorio experimental de nuestro "aprendizaje" ciudadano.

La experiencia adquirida a lo largo de la vida escolar, a través de los parangones con "la realidad" que se proponen en ella "dentro de sus muros", es quizá el conocimiento más cercano con el cual, los egresados, nos insertamos en la vida pública: aquel espacio definido por la concertación, el diálogo y el bien común.

En este sentido, Hannah Arendt entiende la esfera públi-

ca como aquel espacio "donde se da la deliberación y la discusión de temas de interés común". Lo común entendido mayormente como lo público político, en tanto nos encontramos insertos en un sistema (estado) con el cual debemos argumentar y pugnar constantemente en aras de ser ciudadanos.

Un aspecto fundamental para Arendt en la labor de concertación es el papel que desempeña el lenguaje. Mediante el "actuar concertado en el lenguaje", dice Arendt, es que se gesta el espacio público. Aquel espacio es entendido como la condición de posibilidad de acción

De lo mencionado, se puede entonces inferir que uno de los factores para que la esfera pública se haga patente como espacio de aparición es la concepción de "mundo en común" que es correlativo con la pluralidad. De hecho, para que la esfera pública cumpla con la condición de ser la convergencia de los pareceres y argumentos de los que en ella se reúnen, esta comunidad debe tener como base la pluralidad.

Un tercer aspecto fundamental que Arendt propone como característica de la esfera pública es que esta no se define por su contenido sustantivo de los asuntos que pueden ser



Profesor y estudiantes: el dilema de la autoridad.

y el discurso, los descensos y consensos. En un plano ideal, la esfera pública es donde las personas, por iniciativa e inquietud propia, se reúnen para discutir mediante la razón temas que les son comunes y trascendentales en sus vidas, y que de solo estar conformada, es ya un fin. El espacio público es, entonces, la "condición de la posibilidad de acción común", es aquello que se busca, se logra y se procura preservar.

Lo interesante en la propuesta arendtiana es su concepción no topográfica ni institucional del espacio público. A-territorial y no dependiente de una institución normada, para Arendt es donde se gesta el verdadero poder político. No habrá poder más grande que el que decante de la acción concertada de los hombres. El poder no es más que la expresión pública de la acción.

de interés común. Lo público no tiene parámetros *per se* y, de tenerlos, sería la propia necesidad de concertación.

Ahora bien, a la luz de esta especie de marco conceptual arendtiano sobre lo que esboza como "esfera pública", es interesante analizar cómo el aula como lugar de aprendizaje (en general) y sus parangones "institucionales" con la realidad, se trastocan exactamente a partir de los puntos que pretende reforzar como se muestra en la película *Entre los muros* de Laurent Cantet.

Es el aula escolar el paradigma del "aprendizaje" y la obtención de conocimientos. Es en ella, como al inicio del escrito mencioné, donde se pone la esperanza que los nuevos seres serán formados para desempeñarse con eficiencia en la vida, donde obtendremos los datos



Paris es una ciudad distante para los habitantes de los suburbios.

y trucos para ser “alguien”. En este sentido, la película propone una nueva lectura del aula escolar. Propone que sea repensada sin suponer *a priori* que se educa porque se despliega actividades curriculares.

Arendt proponía como factor fundamental la concertación por medio del lenguaje. Dentro del aula de Cantet, el lenguaje se torna en la piedra angular del disenso. La clase se transforma en un espacio de pugna y constantes desavenencias que pocas veces llegan a un fin saludable en el exceso de uso de un sistema cartesiano. Los alumnos expresan su rechazo a lo que entienden como simples ejercicios jerárquicos o poco comprensibles, piden constantes explicaciones o, simplemente, dejan pasar el tiempo, buscando pequeñas alternativas a su “encierro”.

Y es un encierro ciertamente en la medida en que otro

de los pilares constitutivos de la noción de esfera pública arendtiana se ve trastocado. La noción de no territorialidad y no institucionalidad de dicha esfera se desdibuja en un salón de clases. No hay lugar más institucionalizado que una escuela donde se dice qué aprender, cómo aprenderlo y para qué aprenderlo, a fin de cuentas. Se apuesta a la formación de un sujeto educativo funcional para el sistema.

No es una “reunión espontánea”, sino más bien una “convivencia obligada”, donde el concepto de autoridad, que a pesar de parecer en extremo horizontal para nuestros ojos latinoamericanos, no ha sido resultado de la concertación. Los alumnos del aula rechazan dicho modelo en tanto la “lógica dentro de los muros” no corresponde a lo que sucede en la vida de cada uno de ellos fuera del aula.

La máxima de que la esfera pública no se caracterice por su contenido sustancial sino por la mera reunión y concertación se esfuma. La película de Cantet plantea las dificultades de trascender la lógica que se impone “entre los muros” y trata de dar cuenta de las inquietudes y dificultades que los estudiantes traen desde más allá del muro, desde el mundo en el que deben vivir sus vidas.

El aula de clases de Cantet no enseña que la pluralidad y multiculturalidad es pieza clave de la formación de una esfera pública fuerte. Esta escuela no sabe qué hacer con la multiculturalidad y aquello es un fiel reflejo de una sociedad marcada por los problemas ligados a la inmigración, diferencias lingüísticas, culturales, religiosas, emocionales. Allí los docentes se encuentran tironeados entre el deseo de atender y entender las demandas de los alumnos y la necesidad de enseñar ciertos contenidos disciplinarios y de cumplir con las exigencias institucionales, cuyo ritmo de cambio no se adecua fácilmente a lo que ocurre más allá de los muros.

Al verse la autoridad del profesor trastocada, se trastocan también sus intenciones. Resulta interesante analizar las escenas donde el profesor en un ejercicio de clase invoca a sus alumnos a realizar un autorretrato. El espacio donde serán expuestos sus trabajos no genera la confianza necesaria para mostrarse. No ha sido producto de una generación espontánea y, a su vez, este espacio no se compatibiliza con nada más que las normas impuestas dentro de sus muros.

Los alumnos sienten que sus vidas privadas, o lo que para ellos es relevante, no tiene cabida en la lógica del aula de clases. Se percibe, en cierta medida, la desestimación de sus propias vidas ante el ámbito “público” e importante del salón. Ante ello, los alumnos asumen que el repentino interés del profesor por indagar en sus vidas privadas, no

corresponde más que a un mero ejercicio curricular que debe cumplir¹.

Un punto interesante en cuanto al análisis del concepto de esfera pública presente en la película es el de la autoridad. La autoridad que ejerce poder, en una situación ideal, debe ser producto de una generación espontánea derivada de la concertación.

Tanto la autoridad como los que sobre ella ejercen cierta influencia deben ser conscientes de que es un estado temporal, es decir, la autoridad como tal no existe en tanto la precede el factor de la concertación. El verdadero poder lo ejerce únicamente la comunidad en pleno.

El parangón en la escuela es la autoridad del profesor, quien al no ser un producto de lo antes dicho, no puede evitar usar su lugar de poder cuando se ve involucrado en discusiones dentro de la clase. No puede evitar responder en espejo frente a las deman-

das agresivas de los adolescentes y que pierde, en ese punto, su lugar de adulto.

Institución, autoridad no concertada y, por consiguiente, una falta de real empatía con los alumnos decanta en una “canallada” por parte del profesor quien ante una situación de violencia física en la cual tuvo injerencia directa, elige refugiarse en los pliegues de la institución y consentir la decisión de castigo únicamente al alumno. El profesor ha perdido su propio punto de vista como tal. La autoridad dentro de lo que tendría que ser el parangón de la esfera pública en la realidad, no es capaz de reconocerse.

En resumidas cuentas, la idea de esfera pública plasmada en la película se toca desde la presentación de su deficiencia en el lugar donde deberían enseñarse las bases de la vida en ella. ■



¹ “Usted nos pregunta para que hablemos, pero no es verdad”, explica una de las chicas. “¿Qué cosa no es verdad?” —pregunta Marin—. “Que le interese saber de nosotros...”. Diálogo de la película.

Amor en el aire, flirteo ciberespacial

TEXTO: RONALD COTAQUISPE FOTO: CARLOS GARCÍA

Voy a hablar con la cabeza tapada, para que, galopando por las palabras, llegue rápidamente hasta el final, y no me corte, de vergüenza, al mirarte.

Sócrates (Platón. Fedro, 237a)



El frío había tomado por asalto la noche, y las personas que aguardaban como yo, en las afueras del auditorio del colegio San Agustín, sentían cómo la baja temperatura penetraba hasta en el tuétano. Pero nada, ni el más severo de los castigos de la naturaleza podía menguar mi determinación de encontrarme con Milagros; no después de tanto tiempo sin vernos, no después de haber pasado días, semanas e incluso meses, planeando este encuentro que finalmente iba a concretarse.

El clima era cada vez más despiadado, pero la evocación en mi mente de los momentos que había pasado con Milagros —y los que podrían pasar— me proporcionaban la suficiente calidez interna para continuar incólume.

Nos conocimos dos años atrás, cuando estudiábamos juntos en el desaparecido Centro de Idiomas de la Universidad Católica. No me pareció nada especial la primera vez que la vi, pero supongo que fueron los posteriores encuentros que tuvimos los que configuraron nuestra extraña relación, que divagaba entre la amistad y el apego afectuoso.

Cuando el Centro de Idiomas fue clausurado, murió el único espacio en que dejábamos fluir nuestras ansias del uno por el otro. Milagros era de Chíncha y los viajes que realizaba para estudiar inglés eran verdaderas odiseas. Yo, por mi lado, estaba con bastantes ajeteos académicos como para emprender semejante travesía. Aquella pudo haber sido la última vez que uno supo del otro si no hubiese sido porque ella me dio su correo electrónico y yo le di el mío. En adelante, nuestro contacto quedaría restringido, prácticamente, al intercambio de palabras vía Messenger.

Milagros y yo nunca habíamos conversado mucho, en especial por mi culpa, pues tengo la mala costumbre de no pasar de más de dos intervenciones por cada diálogo que entablaba por culpa de una maldita desidia conversacional que padezco y que hasta ahora no logro remediar. Lo que estimulaba mis anhelos era posar mis manos sobre las curvaturas de su cuerpo, y la posibilidad futura de tenerla a toda ella por completo. Sin embargo, la distancia marcó un giro vertiginoso en la lógica de nuestra relación.



De espaldas a la realidad, de cara a la fantasía

Sucumbido ante la imposibilidad de un contacto físico, las pláticas en las ventanas de chat se convirtieron en el único vestigio de nuestra antigua afición mutua, y sorprendentemente emergió de mi parte una afluencia de palabras que jamás creí posible. Empezamos a departir, intercambiando estados de ánimo, vivencias, opiniones y todo cuanto pudiese ser transmitido con palabras, emoticones y zumbidos. Recién entonces descubrí los intereses que compartía con Milagros. ¿Quién hubiera imaginado que esa persona a quien veía casi como un *slut* tuviera la misma devoción que yo hacia teatro, la literatura y las artes en general? Incluso se manejaba mejor que yo en esos campos. Conocía nombres de autores y obras que yo apenas había escuchado, y sabía darles unas lecturas e interpretaciones increíbles, que yo leía primero incrédulo —en el Messenger— y después cautivado.

Más tarde, nuestras charlas virtuales emigrarían del chat a las redes sociales. Milagros tenía una cuenta en Hi5 desde hacía unos cuantos meses, pero apenas había colgado un par de fotos y llenado su perfil con lo básico: nombre, edad y sexo. Pero apenas puse un comentario en su muro, curiosamente fueron apareciendo cada vez más y más detalles íntimos en su página. Empezó escribiendo detallitos sobre su persona, cuidando cada cosa que ponía a la vista de millones de insidiosos internautas. Pero lo que empezó como un inocente experimento terminó por convertirse un fanatismo, que yo alentaba con más y más comentarios.

De pronto, la cantidad de fotos en su página llegaría a los tres dígitos, en su mayoría tomadas de su celular. Milagros me contaría después que el aparato se lo habían robado en un viaje de visita a su familia. Pero eso no hizo detener su producción fotográfica particular. Hacía lo que fuese para obtener otro dispositivo con el cual plasmar su imagen en la pantalla de la computadora. Tenía tantas fotos que pensaba que colgaba todas las que tomaba, pero luego me revelaría que estas pasaban por un riguroso proceso de selección, así que las que veía en la Web eran apenas un atisbo de un gran repertorio.

Las fotos que colgaba Milagros le dieron un carácter libidinoso, pero a la vez perturbador, a nuestro flirteo ciberespacial. Su imagen en mi monitor provocaba en

mí una reminiscencia a los toques lascivos que hacía en sus partes más adiposas. Pero, lejos de satisfacerme, el recuerdo me causaba frustración porque sabía que se trataba de sensaciones que difícilmente volvería a experimentar, con ella tan lejos de mí. Pero aun así no podía evitar seguir mirando. Era un maldito placer nocivo, una autoflagelación que comportaba los mismos matices que el espectáculo pornográfico: un deseo que se puede ver pero jamás vivenciar.

Pero esos ratos de impotencia y hambre carnal parecían llegar a su fin. Desde mi gélida posición a las afueras del auditorio del colegio San Agustín, podía ver a Milagros acercándose entre una muchedumbre de espectadores de una obra que acababa de terminar. El saludo que nos dimos no fue lo que esperaba. Imaginaba uno intenso, lleno de efusividad y con algarabía incluida, como los que se dan las personas que se reencuentran en el aeropuerto después de años de no haberse visto. Pero ese no fue mi caso. Mi reencuentro memorable terminó siendo un apático beso en la mejilla.

Luego del fallido gesto, Milagros y yo caminamos por la calle en busca de un establecimiento para sentarnos y charlar. La mayoría de lugares estaban cerrados a esa hora, así que el prolongado tiempo que tomaba la búsqueda exigía una charla para amenizar el recorrido. La iniciativa siempre la tuvo que tomar Milagros, mientras que yo fracasaba en mis intentos por continuarla, hasta que por fin encontramos un local abierto y nos sentamos en una de las mesas. Parecía el momento oportuno para sacar a relucir la verborrea que había forjado mientras hablábamos por el chat, pero algo parecía impedírmelo. Algo así como un hormigueo fantasmal había inhabilitado mis cuerdas vocales, impidiendo la emisión de cualquier serie de palabras correctamente enlazadas.

En ese momento deseé desvanecerme sin dejar rastro, que hubiese un velo que impidiese que nos viésemos las caras, que el mundo cayera en penumbra para nuestros cuerpos desapareciesen a nuestra vista, porque nada era capaz de mitigar en algo la vergüenza de hablar que sentía en ese momento. Pero, felizmente para mí, el tiempo apremiaba y apenas pedimos algo para beber. De ahí solo nos quedó despedimos, pero ni siquiera en ese momento fui capaz de proferir palabras de afecto. ■

Recicladores emprendedores

TEXTO: CRISTINA GUZMÁN

Generalmente, la meta de cada padre de familia es que sus hijos lleguen a ser profesionales. Estoy segura de que a ninguno de nuestros padres se les habría ocurrido que nos volviéramos recicladores. Y es que, muchas veces, todo lo que está relacionado con el recojo de residuos sólidos o lo que coloquialmente llamamos “basura”, no es bien visto.

Debo reconocer que al principio yo pensaba igual. Hasta que, un día, me animé a llamarlos y conocí a Walter Correa, presidente de la Asociación de Tricicleros Unidos Región Callao - ATURCA, uno de estos guerreros de las calles que, junto con la ONG Ciudad Saludable, se ha encargado de llevar a todos sus compañeros hacia una aventura de emprendurismo.

La unión hace la fuerza

En el Perú, aproximadamente cien mil personas vivían hasta hace unos meses del reciclaje informal. Sin embargo, para contrarrestar esta situación, desde 2008 el Movimiento Nacional de Recicladores del Perú - MNRP se ha encargado de representar a diecisiete organizaciones de recicladores ante las autoridades gubernamentales.

El objetivo principal de dicha institución es mejorar la calidad de vida de la comunidad y de los recicladores en todo el país. Para ello, cuentan con el apoyo de la ONG Ciudad Saludable, que se encargó de capacitarlos y ayudarlos en el proceso de formalización.

Este proceso consiste básicamente en ayudarlos a constituirse legalmente como microempresarios, para que puedan brindar sus servicios a las municipalidades de sus distritos. Además, el Movimiento Nacional de Recicladores trabaja con estas instituciones para concientizar a los vecinos de cada localidad acerca de los beneficios que genera el reciclaje en el medio ambiente.

Muchas municipalidades, como la del Callao y Villa el Salvador, han iniciado programas como el Bono Verde,

mediante el cual descuentan 20 por ciento de los arbitrios a los vecinos que no solo respetan a los nuevos recicladores uniformados, sino que se encargan de separar su basura para ayudarlos. De esta manera, los recicladores no solo ganan más, sino que obtienen lo principal: una mejor calidad de vida con un trabajo seguro que no perjudica su salud.

Proyecto Reciclaje

Pero el reto del Movimiento Nacional de Recicladores no termina ahí, sino que, además, esta organización cuenta con un plan estratégico para el año 2013 que consiste en formar su propio centro de acopio.

En otras palabras, los recicladores se encargarían no solo de la recolección del material, sino también de su procesamiento, logrando así un producto procesado, con mejor calidad, que podrían vender directamente a las empresas y eventualmente exportarlo.

Mientras tanto, los recicladores tratan de juntar todo el material recolectado por cada una de sus localidades para venderlo directamente a las empresas. Según Walter Correa, a los recicladores en los depósitos o centros de acopio del Callao les pagan S/. 0,60 por el kilogramo de plástico PET. Sin embargo, en las empresas pagan S/. 1,80.

Asimismo, el movimiento ha ayudado a impulsar la nueva Ley de Reciclaje, mediante la cual el Perú se ha convertido en el primer país en América Latina que reconoce la importancia de la labor de los recicladores en su país.

Con esta ley, los recicladores podrán formalizarse y celebrar todos los 1 de junio el Día del Reciclador. Además, mediante esta ley, las autoridades locales tienen la obligación de promover las asociaciones de recicladores y la instalación de plantas de tratamiento donde los recicladores organizados puedan segregar los residuos sólidos. ■

